

## Mañach: la transparencia

RAFAEL ROJAS

---

Jorge Mañach  
*Obras I. Glosario*  
Editorial Trópico  
Cuenca, España, 1995, 177 pp.

---

EN 1967, ALEJO CARPENTIER LE REPROCHABA a José Ortega y Gasset aquella manía de escribir un ensayo sobre cualquier tema. En Cuba, durante la República, hubo muchos de esos *maniáticos*, afanosos cultivadores del “centauro” de los géneros, como Fernando Lles, José María Chacón y Calvo, José Antonio Fernández de Castro, Juan Marinello, José Lezama Lima y Cintio Vitier. Pero, tal vez, el más representativo haya sido Jorge Mañach; a quien Carpentier, que no se destacó en el ensayo como en la novela y la crónica, atribuía la introducción del *orteguismo* en nuestra cultura.

¿Qué amenaza había en el ensayo republicano, para motivar el reproche de este gran novelista, siempre leal a su género, en plena *Ofensiva Revolucionaria*? A mi juicio: la amenaza de la transparencia. Lo que Carpentier quería decir de la Revolución cubana, en *El siglo de las luces, El recurso del método* o *La consagración de la primavera*, debió expresarse por medio de alegorías. Lo que Mañach quiso decir de la República de 1940, del golpe militar del 10 de marzo de 1952, del asalto al cuartel Moncada, de la Revolución de 1959 y del socialismo de 1961, fue dicho de manera directa, aunque reposada: con el estilo y la lucidez que siempre caracterizaron su escritura.

La obra de Jorge Mañach está dominada por esa transparencia pública. El ensayo es para él un texto en el que se inscriben los *grandes problemas* de la cultura, la política y la nación. De ahí el extraordinario parecido entre su fisonomía intelectual y la de otros dos grandes ensayistas latinoamericanos, con quienes mantuvo una sostenida corres-

pondencia: el mexicano Alfonso Reyes y el dominicano Pedro Henríquez Ureña. Los tres encarnan el arquetipo del intelectual moderno en América Latina: en ellos se consuma la fusión entre elitismo y civismo, entre aristocracia y democracia, entre monarquía y república, entre la raíz hispánica y el injerto norteamericano.

Mañach fue un intelectual moderno, con todo el alcance y las limitaciones de dicha condición. La voluntad pública de su escritura lo llevó a algunos certámenes –las sonadas polémicas con Raúl Roa y José Lezama Lima, por ejemplo– de los que no siempre salió airoso. Pero su ubicación en el centro de las polémicas culturales confirma su modernidad como intelectual, esto es: su gravitación constante hacia el espacio público.

“Se hizo de una filosofía” –nos dice Mario Parajón. Toda una proeza doctrinal en el trópico. Se trata, como ha documentado Rosario Rexach, de una amalgama ecléctica –o más bien *electiva*: palabra que tiene entre nosotros tradición– en la que se entrelazan ideas de Heidegger, Husserl, Bergson, Scheler, Dewey, Whitehead, Zubiri y Ortega. Sin embargo, su idea de la nación cubana, que es el eje de toda su ensayística, no era, propiamente filosófica, sino sociológica y axiológica. Para Mañach, la nación era un tejido social, cuyo grado de integración y solidaridad morales le proporcionaban un mayor o menor civismo, una mayor o menor voluntad republicana y democrática. En este sentido, Cuba, por la debilidad de su cuerpo cívico, no era, según él, una nación moderna: era “un conato de Estado en una patria sin nación”, un simulacro de República, que reproducía, a gran escala, los vicios del antiguo régimen colonial.

A pesar de esta sombría visión de su propia cultura, toda la obra de Mañach gira alrededor de la nacionalidad cubana, su historia y sus posibilidades. En otra parte hemos señalado lo difícil que es no toparse, incluso en sus textos más ajenos a la cuestión cubana –*Examen del quijotismo, Dualidad y síntesis de Ortega, Dewey y el pensamiento americano*– con alguna alusión implícita o explícita a los

dilemas de la isla. Esta pasión por Cuba, aunque en su propio estilo, es equiparable a las grandes pasiones cubanas de Martí, Guerra, Ortiz, Lezama y Vitier.

Tal vez por esa pasión, que involucra al lector, las lecturas de Mañach han sido tan accidentadas. Después de 1961, su nombre, que tan ligado estaba en los orígenes de la Revolución, desapareció de la cultura oficial de la isla. En cambio, en el exilio, a donde llegó después de una inevitable y resuelta oposición al marxismo-leninismo, su obra ha corrido mejor suerte. En la isla no se publicaba una página de Mañach hasta hace apenas unos años, cuando se reeditó su célebre biografía *Martí, el Apóstol*. En el exilio, mucho de sus textos primordiales han sido publicados y reeditados. Baste mencionar su libro póstumo *Teoría de la frontera* (Puerto Rico, 1970), *El espíritu de Martí* (Puerto Rico, 1976), *La crisis de la alta cultura en Cuba e Indagación del Choteo* (Miami, 1991) y la excelente edición facsimilar de *Historia y estilo* (Miami, 1994) que hiciera la Editorial Cubana.

En la isla, raras veces los críticos se refieren a Mañach, y cuando lo hacen es para descalificar ideológicamente su obra. Al parecer, en los últimos años, esta situación ha ido cambiando lentamente. En 1994, *La Gaceta de Cuba* publicó dos ensayos sobre el importante pensador cubano. Los nuevos ensayistas de la isla demuestran un marcado interés por la obra del autor de *El sentido trágico de la Numancia*. Fuera de Cuba, escritores y críticos, como Gastón Baquero, Andrés Valdespino, Rosario Rexach, Mario Parajón, Jorge Castellanos y Gustavo Pérez-Firmat le han dedicado una buena cantidad de libros, ensayos, artículos y comentarios. De modo que la figura de Mañach se ha integrado al patrimonio cultural del exilio. Esto es una ventaja: su obra no ha sido totalmente olvidada, sus textos son releídos y reinterpretados. Pero es también una inquietante desventaja: Mañach es, hoy por hoy, un desconocido para los lectores más jóvenes de la isla. “Cuando falta una pieza clave del pasado –decía Michelet– la memoria es incompleta, el presente es borroso y el futuro imperceptible”. La advertencia se

puede aplicar al caso de Mañach en nuestra cultura.

Por eso nos alegra tanto la edición del primer tomo de sus *Obras*, con el que se estrena, además, la editorial *Trópico*. *Glosario* (1924), el primer volumen de esta colección es, en realidad, el segundo libro de Mañach. Pues el primero fue la novela *Belén el Aschanti*, que apareció en La Habana, publicada por la Imprenta Prado, aquel mismo año.

*Glosario* es un conjunto de crónicas y estampas que Mañach escribió durante sus viajes por Europa, los Estados Unidos y el interior de Cuba, entre 1921 y 1923. Estas páginas nos presentan a un escritor que, con menos de 25 años, ya es un prosista elegante, riguroso, que ha sabido depurar su estilo antes de entregar el primer manuscrito. Guy de Maupassant recomendaba a los escritores jóvenes que afinaran su prosa por medio de la crónica, el diario, los cuadernos de viaje y las cartas. Estos géneros, en los que la narración y el análisis deben coexistir, servían como entrenamiento para llegar a la novela y el ensayo. Mañach, después del fracaso de *Belén el Aschanti*, parece seguir este consejo, como lo demuestra no sólo en su *Glosario*, sino en sus excelentes *Estampas de San Cristóbal*.

Las crónicas de *Glosario* están escritas en forma de cartas a una “señora”. Recurso que le permite al autor insertar, cómodamente, su persona en el texto: colocarse en el centro de las sensaciones que transmite cada ciudad, cada pueblo, cada paisaje que visita. Así, se logra el efecto del *flâneur*, que Walter Benjamín observaba con Baudelaire, y que, entre nosotros, tiene dos antecedentes decisivos: las crónicas habaneras de Julián del Casal y las neoyorquinas de José Martí.

Llama la atención que Mañach haya agrupado sus estampas sobre Europa bajo el título de “Sensaciones exóticas”. Lo *exótico*, atribuido a Colonia, París, Chantilly, Chateau Thierry y Santiago de Compostela, resulta una eficaz ironía. En la estética ilustrada y romántica, y aún en la modernista, que es con la que Mañach polemiza, la región *exótica* siempre se ubica fuera de Europa: en el *Otro* de Occidente. Para Baudelaire el exo-

tismo estaba en el trópico. Para Casal, criatura del trópico, estaba en Japón. De ahí que trasladar la extrañeza, lo *exótico*, a Europa, denote una apropiación intensa del espacio de origen, una familiaridad mayor con lo cubano: otra vuelta de tuerca al discurso de la identidad.

Así lo confirma la segunda serie de crónicas, titulada “Sensaciones de la tierra”. Mañach recorre la isla, desde La Habana hasta Bayamo, pasando por Cárdenas, Sagua la Grande –su pueblo natal– Santa Clara, Trinidad, Camagüey y Santiago de Cuba. El cronista es ya un habanero empedernido, que, siendo “del interior”, adopta la capital como su patria –actitud que abunda en la literatura de la isla: Guillén, Carpentier, Cabrera Infante, Reinaldo Arenas– y la celebra con el fervor del inmigrante. En la noche habanera, caminando por el Prado hacia el Malecón, diviso la vieja farola del Morro, Mañach habla consigo mismo: es él mismo. De ahí que el viaje sea un reencuentro con el “interior”: una peregrinación en la que cada pueblo “se le revela con una fresca novedad de amanecer”.

En Trinidad, Mañach encuentra la “marca de España”, “el milagro retrospectivo de una villuela andaluza en el Caribe”. Sus temores de que, en Cuba, el pasado colonial no dejara huellas tangibles, como en México, Colombia o el Perú, se amainan un poco al llegar a este “*souvenir* español”. Bayamo, en cambio, es el desvanecimiento de esa huella: las ruinas de la ciudad criolla, que fuera incendiada por sus patricios en un gesto *numantino*, son ahora las alegorías de una ciudad taciturna y heroica. “¿Acaso es otra cosa –escribe Mañach– este rastro de ciudad que una tumba ilustre? Hay un denso silencio, silencio de pueblo fatigado de leyendas...”

Pero la villa, típicamente cubana, es Cárdenas, Santa Clara, Camagüey, Santiago de Cuba. En estas ciudades, donde, según Mañach, lo “histórico-estético” es débil, se da ese entramado de modernidad y tradición que caracteriza a la experiencia cubana. El monte, la naturaleza, es todavía una presencia, que se ofrece al vecino a sólo cuatro o cinco cuadras del centro. El parque con su

glorieta, la iglesia, los edificios públicos encarnan una cómoda mezcla entre el barroco colonial y el neoclásico republicano. Son los “pueblos provinciales prósperos”: creaciones de un “pujante nietzscheanismo municipal”.

No hay dudas de que en este libro temprano de Mañach se insinúan su estilo y, también, como un anuncio de lo que vendrá, sus tópicos recurrentes. Aquí se habla ya de la “falta de integridad moral y política de la República”; de la difícil y, a la vez, inevitable, aceptación del “verdadero y riguroso cinismo”; de los peligros de un “frenesí modernista” que no deja rastro de las tradiciones.

Pero hay un tema decisivo en toda la obra de Mañach, que aparece desde *Glosario*, y que, finalmente, quisiéramos comentar: se trata de su flexible y, a ratos escéptico, nacionalismo.

Al final de su estampa “Como la vieja farola”, dedicada a La Habana, surge la figura nocturna de un centinela: “pero un centinela de la República, que tiene criterio con qué juzgar a los suyos, al par que avizora al enemigo malo de afuera. Su gran ojo encendido, visto desde el océano y en el instante en que mira al Norte, fulgura agresivamente; en cambio, cuando se torna hacia la ciudad, unas veces parece que hace guiños irónicos; otras, que se vela lacrimosamente”. Se observa aquí el problema central de *La crisis de la alta cultura en Cuba*, de *Indagación del choteo*, de *Historia y estilo*, de *El drama de Cuba*, de la *Teoría de la frontera*, esto es, la difícil definición de una nacionalidad que colinda con un imperio multinacional.

Frente a este dilema Mañach intentó razonar como Martí, eludiendo la exaltación y el chauvinismo, la humillación y la deshonra. En otro pasaje de *Glosario*, dedicado a Nueva York, queda clara su postura. Rechaza a “quienes no entienden el latinismo sino diciendo tonterías superficiales sobre los rascacielos y comparándolos a cajones volcados, o bien condenando el tráfico febricitante, la intensa trepidación de la gran ciudad”. Y propone *contemporizar*: “comprender las bisectrices de la opinión” y “evitar que una actitud, por el hecho de parecer falsa e incierta, sea llevada al extremo, con tal de fortalecerla”. ■

## La implacable energía de Caín

ALAN WEST

Jacobo Machover  
*El heraldo de las malas noticias:  
 Guillermo Cabrera Infante (Ensayo a dos voces)*  
 Ediciones Universal,  
 Miami, 1995, 151 pp.

CONFIESO QUE EMPECÉ A LEER A GUILLERMO Cabrera Infante no sólo para conocer el mundo de mis padres en Cuba, sino también lo que les rodeaba y *no* conocía. Luego intervinieron otros motivos que todavía no dejan de conmovirme: un amor a la palabra, un embeleso con el cine, pasiones políticas. Me intriga su facilidad en cruzar y deshacer los géneros (literarios, claro) con asombrosa picardía. Pero Caín cansa. La fatiga que induce en parte se debe a sus obsesiones: Cuba, sexo, Fidel aunque no siempre en ese orden; a su retórica de roña, y tal vez a su inimitable y corrosiva monomanía (personal y política). El autor diría que Cuba es eso, una repetición alucinante de unos pocos temas o realidades. No importa. Al escritor le corresponde que sus obsesiones despierten no sólo interés sino fascinación en sus lectores. Autor obsesivo por excelencia, Virgilio Piñera nos legó una obra que produce en el lector una especie de delirio de persecución, y, como dice María Zambrano, cuando nacen/aparecen los dioses hay una persecución del hombre. (Tal vez para ambos ese perseguidor es el dios de la literatura). Cabrera tiene su lugar en las letras cubanas asegurado hace tiempo, pero su producción en los últimos diecisiete años deja mucho que desear. Desde el coco rallado de *Tres Tristes Tigres* (TTT) ha venido el disco rayado de *Mea Cuba*. Su *Delito por bailar el Chachachá*, con tres relatos, recicla dos cuentos de hace veinte y treinta y cinco años respectivamente. Esta queja no es agravio ni regañón sino lamento sobre un autor cuya obra

he admirado toda mi vida. Mientras más se le ha alejado de la isla, mayor ha sido la pérdida de amplitud en visión y creación.

El libro de Jacobo Machover cavila sobre las dos pasiones de Cabrera: literatura y política. Escrito en un lenguaje periodístico (en el buen sentido), con algunos brotes poéticos, Machover es un buen antídoto a los análisis postestructuralistas que abundan en la crítica más académica sobre la obra de Cabrera, sea en vertiente derrideana, bajtiniana, o barthesiana. Con evidente destreza, Machover va desde la biografía a la crónica, del análisis literario al comentario político, en un ensayo de noventa y tantas páginas, seguido por tres entrevistas a Cabrera Infante. El retrato de Cabrera escritor y persona es matizado: una persona contradictoria, que a veces es hostil o bondadoso, ora intransigente, ora flexible, entregado al rigor y al laberinto de su memoria, e igualmente entregado a denunciar la injusticia y reclamar por los derechos humanos de los cubanos. Más que nada su estampa revela un escritor de una honestidad admirable, devoto a (¿y devorado por?) la literatura con una pasión que raya en el delirio

Machover escribe con soltura y perspicacia, ya que tiene amplio conocimiento de Cabrera como persona y escritor. Para los que no conocen bien la obra y vida del autor sirve como introducción; para el especialista es un buen repaso sucinto e informativo. Comenta distintas obras del autor, pero sobre todo *Tres Tristes Tigres*, *La Habana para un infante difunto*, *Delito por bailar el Chachachá* y *Mea Cuba*. Es curioso que trate poco su trabajo sobre cine salvo cuando discurre sobre *La Habana...* Es una lástima porque entre las mejores páginas de Cabrera están las que ha escrito sobre cine. Cuando versa sobre *Vértigo (De entre los muertos)* de Hitchcock, sobre todo en *Arcadia todas las noches*, Caín vincula la cinta con lo órfico y la historia de Tristán e Isolda. Tal vez allí esté la clave de la obra de Cabrera: su inquietante (y a veces fatigante) exploración de la memoria es un descenso órfico donde La Habana (o cierta parte de ella) vuelve viva en la palabra, en la recreación de la oralidad rica y sonora de lo cubano. Se abrazan Orfeo y Scottie

Ferguson en un soneo de los cincuenta, vacilando por el Malecón. Scottie literalmente recrea a Madeleine cuando conoce a Judy, y de igual manera Cabrera trata de convocar a La Habana antes de su desastroso regreso en 1965. La “Madeleine” nunca existió, fue un simulacro interpretado por Judy para encubrir el asesinato de la esposa de Gavin Elster, quien contrata a Scottie como detective. Sin duda, La Habana de Cabrera existió como también la actual (aunque él la considera irreal), pero cabría preguntarse si esa Habana de los treinta, cuarenta y cincuenta no es un simulacro del deseo (¿histórico?) de Cabrera, ya que, como ha dicho el autor, “La Habana es una metáfora de Cuba”. Un lacaniano se daría un banquete (platónico y lezamiano) con estas asociaciones. Este aspecto fantasmático de La Habana como encarnación del deseo está en ese mismo ensayo sobre Hitchcock cuando Cabrera cita a Valery: “Los mitos son las almas de nuestras acciones y amores. Sólo podemos obrar moviéndonos hacia un fantasma. Sólo podemos amar lo que creemos”. Y Cabrera cree en ese fantasma llamado La Habana y la memoria es la forma de rodearla, amarla en ese coito fuera del tiempo que anhela su escritura como acto conmemorativo. Cabrera ha dicho que “la nostalgia es la puta del recuerdo” y a la vez que “la nostalgia es la memoria del alma”. ¿Cómo entender estas dos frases? Volvamos a Hitchcock: Judy es realmente una “puta”, a *hired gun*, o más exacto, a “hired Cupid(oll)” para darle el flechazo (sólo de carne) a Scottie. Pero el flechazo es un rol, un disfraz, que no funciona porque se enamora de él. Al reverso de Parsifal, la lanza no cura la herida, sino que la abre más. Traiciona su disfraz y si no, se traiciona a sí misma. (Hay un subtexto, o mejor, contra-texto feminista en *Vértigo* que Cabrera, y claro, Hitchcock ignoran). Cabrera dice que la memoria es infiel, lo cual es cierto (aunque nada original), pero si la nostalgia es la puta del recuerdo, no quiere decir que todas las putas son nostálgicas, o memorables. Cabrera parece contradecir su propia postura histórica (¿histórica? —el histórico es un rebelde nos dice Lacan), donde la memoria sí tiene una función de ser fiel a lo que pasó o

testimonió, en particular cuando desmiente el silencio o el embuste. Creo que Cabrera andaba en tierra menos movidiza con el epígrafe de Lewis Carroll que da comienzo a TTT: “Y trató de imaginar cómo se vería la luz de una vela cuando está apagada”.

Machover dedica algunas páginas a un ensayo de *Mea Cuba* sobre el suicidio como ideología política cubana. Escrito polémico y argumentado con lujo de detalles, en resumen es un ensayo reduccionista y aplanador. Tanto la muerte de Martí como la de Haydée Santamaría o la de Carlos Prío Socarrás son echados en el mismo saco conceptual, lo cual me parece un disparate descomunal, para no hablar del trato superficial de Freud, Camus y otros en la parte final del ensayo. No obstante, el artículo suscita una discusión importante sobre el papel de la violencia en la historia de Cuba, retomando, a mi parecer, su más lúcida meditación sobre la historia del país, *Vista de amanecer en el trópico* (1974). Tanto Cabrera como Machover podrían aprovecharse de los comentarios de René Girard (*La violencia y lo sagrado*) sobre la naturaleza social del sacrificio y del ensayo de Nelson P. Valdés “La cultura política cubana: entre la traición y la muerte”, para mejor comprender esa relación con la muerte y la violencia, matizándolo no sólo con lo histórico sino con lo personal. Por ejemplo, no dudo de que el suicidio de Haydée Santamaría tenga una dimensión política, pero el 26 de julio no es sólo el “heroísmo” o “suicidismo” del Moncada; para Haydée Santamaría como persona, hermana, mujer y amante, es la fecha de la doble muerte de su hermano y ex-novio. Esa dimensión personal y *traumática* (por encima de ideologías) está ausente en el ensayo de Cabrera.

También es curioso que un escritor tan atento a la palabra como Caín, analice la expresión “Patria o Muerte” de forma tan parcializada, es decir, suicida. Si mal no recuerdo el lema es “¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!” Esté de acuerdo o no con el lema, esa última palabra revela mucho y no sólo un culto a la muerte. Claro, implícito está que morir por la patria es tarea gloriosa, pero sobre todo la suprema convicción de que los revolucionarios

ríos *van a ganar*. Serán locos, voluntaristas, hasta descabelladamente precipitados los revolucionarios, pero no son pendejós. Su llamado culto a la muerte es el reverso de su optimismo y triunfalismo descomunal es que siempre convierten la muerte en un talismán del futuro. Si hay culto a la muerte es porque en el fondo no creen en la muerte; por eso existen los mausoleos comunistas (el cuerpo muere, la ideología no). El pesimismo de Cabrera en este ensayo demoledor va más allá de su contenido, y cumple su misión de antídoto al falso optimismo (cuasi religioso) del régimen, tal como lo hacía la obra de Virgilio Piñera, décadas antes, en otros contextos.

Más sorprendente es que Machover recoja los comentarios de Cabrera que equiparan a la Cuba castrista con el Tercer Reich nazi sin la menor reserva o comentario. Pocos pueden dudar a estas alturas que el régimen de Cuba es unipartidista, antidemocrático, y carente de ciertos derechos humanos, pero de eso a decir que es el equivalente a un país que conquistó a otras tierras, esclavizando a millones, cuya ideología racista exterminó con furia genocida a millones de judíos, gitanos, homosexuales, etc., y que desató una guerra mundial donde murieron más de 50 millones de personas, es irrisorio e insultante. Tan igualmente extremista como las acusaciones que ha hecho el gobierno cubano en contra de Cabrera, tildándolo de fascista, reaccionario y agente de la CIA, cuando no es remotamente ninguna de las tres cosas. ¿Cuándo vamos a aprender los cubanos esa advertencia de Canetti de que “las guerras primero se preparan con palabras”? En otra parte he aludido a la pobreza de esta comparación, pero creo que los escritores que contribuyen a esta revista son una muestra concreta de que no es cierto. Si me he detenido en lo histórico-político, es porque creo que tanto el empiricismo aplaudidor del ensayo sobre el suicidio y la analogía nazismo-fidelismo le resta especificidad y complejidad a la realidad cubana, igual que el vacío científismo del Partido Comunista de Cuba, vinculado a un voluntarismo “heroico”, abstracto, acartonado. Parece que la nostalgia del exiliado y la arrogancia

del comisario convergen: congelan el tiempo, desprecian la historia. Cada una produce su “izquierdismo infantil”, una como el sueño, volcada al pasado; la otra una locomotora disparada al futuro, ¿dónde está el presente?

Estas críticas surgen de un libro que suscita muchos temas de discusión siempre bienvenidos. El libro invita a examinar tanto la literatura como las posturas políticas del autor; pero es importante no invalidar su importancia literaria por algunos aspectos de su pensamiento político, como tampoco es provechoso darle brillo a su política por el prestigio literario que tiene el autor. Machover, retomando a Cabrera, no usa la palabra persecución hasta el final, pero de eso trata su libro: de todas las grandes y pequeñas persecuciones que constituyen lo que es Cuba. Virgilio también la documentó con hilarante y pavorosa minuciosidad: los juegos del poder, el erotismo y la muerte, los sucesos cotidianos que revelan abismos absurdos. Pensando en esas persecuciones (y en María Zambrano), habría que decir que Cuba es un país donde los dioses siempre están naciendo. Le debemos a Cabrera su implacable energía en lidiar con (y liquidar a) algunos de esos dioses, entre paroxismos y paranomasias. ■



## Una mirada habanera

NOEMÍ LUIS GUTIÉRREZ

Antonio José Ponte  
*Un seguidor de Montaigne mira La Habana*  
Ediciones Vigía,  
Matanzas, Cuba, 1995, 81 pp.

ANTONIO JOSÉ PONTE ES POETA Y ENSAYISTA. Nació en Matanzas en 1964 y vive en La Habana. Unos pocos libros constituyen la obra publicada en Cuba por este escritor. Sus libros son, por lo demás, breves. Una

mano basta para contarlos, apenas una tarde para leerlos. Pero aún ese justo límite de páginas permite acercarnos a la calidad esencial de su escritura. Ahora he traído al alcance de mi mano esos finísimos ejemplares. Proviene de colecciones de poesía joven o son sencillas plaquettes. Algunos han surgido de la editorial *Vigía* –única de su género en Cuba– y que destaca por la ingeniosa manufactura de sus libros, pues todo el proceso editorial se lleva a cabo de forma artesanal. De ese curioso taller es el libro de Ponte que aquí nos ocupa. Este libro es –como sus anteriores– breve, detenido, tangencial y hecho tal vez como en voz baja. Marca un itinerario sobre ruinas tangibles y nostalgias interiores, sobre otros libros y otros ojos que las recorrieron. La Habana se hace itinerario íntimo y vuelve a ser inventada, ahora con la vigilia de los ojos entreabiertos de la poesía.

Ponte lleva algunos años publicando en revistas literarias cubanas excelentes ensayos y poesías y alguno de sus poemas están incluidos en antologías hispanoamericanas. También existen textos suyos en algunas revistas no cubanas, pero el lector interesado en su obra –de limpia y fecunda brevedad– tendrá que buscar en la ciudad que mira este escritor para dar, con esos “tomitos de futuras obras completas”, como diría él mismo con ironía. Su primer libro publicado es *Trece poemas*, en 1989. Otro cuadernillo, *Poesías*, reúne las de ese primero y otras nuevas tituladas *Poesía en Miradero*.

Desde esos primeros *Trece poemas*, Antonio José Ponte se sitúa en el punto de mira de un grupo naciente de jóvenes poetas. Con sus poesías y algunas colaboraciones de crítica y ensayos en revistas literarias cubanas, inicia su periplo dentro de un reducido círculo que desde entonces ha ido creciendo y que lo sitúan ya entre los mejores de la literatura escrita en Cuba en los últimos años.

Este libro es uno de esos de asunto frágil, de volátil levedad. Tiene signos de viaje, pues transita una ciudad; de memorias, pues se detiene en confesiones, en hábitos menudos, en diálogos con otros libros y otras Habanas literarias. Está construido ba-

sándose en fragmentos. Poesía, ensayo y memoria se interfieren, se interconectan y el sujeto y el objeto, o la voz y el espacio recorrido por la prosa, se hacen de una sustancia indistinta, común.

Lo que a un habanero podría sorprender es la ausencia de los lugares emblemáticos con que solemos identificar a esa ciudad. La Habana de Ponte está como en la lejanía, es una ciudad hecha de deseo, de la soledad de algunos hábitos, surcada de nostalgias. Vida y creada a partir de un itinerario privado y convertida en espacio interior, espacio de la imaginación y de la memoria, aún cuando nos hable de un árbol del Paseo del Prado o de un parque del Vedado, nadie podría identificar tal árbol o tal parque, pues la referencia ha sido sustituida por la evocación y cierra para el viajero ansioso de turismo la posibilidad de tales hallazgos.

Estructuralmente el libro se divide en ocho sesiones, la primera de ellas es “Ciudades del origen”. Ese punto inicial es el fragmento del libro de mayor hondura profesional. Cuenta el adolescente que fue, desasosegado por las preguntas sobre el origen del mundo. De esa infinitud –nos dice no sin cierta ironía– optó por mudarse a preocupaciones más modestas; hacia el origen de su nacimiento. Pero ese paso lo lleva a otro sobresalto metafísico; a la idea de que todo nacimiento así como toda pertenencia a una genealogía privada es tan sólo el fruto de una exacta, inescrutable y fatal coincidencia de innúmeros azares. Las páginas iniciales van degradando, uno tras otros, algunas formas de lo infinito con el propósito de ir hasta una medida que no sobrepase –como lo hace ese concepto tan resistente– la medida humana. Mi nacimiento, nos dice el autor –el de cualquiera era el big-bang, el primer libro de las escrituras. Y añade que para no hacerlo infinito, limitó ese mundo a una ciudad... Llega así hasta donde nació, Matanzas, y más tarde a la ciudad de su segundo nacimiento, La Habana.

Continúa la segunda parte con “Un poco de desasosiego”. Ahora la ciudad no es ya el vientre primigenio, sino que se ha trasmutado en libro. Sale a caminar las calles

conocidas con la inquietud de ver lo que tal vez haya cambiado en ellas o lo que, en anteriores recorridos, su distracción le había ocultado. Las camina como se vuelve a la lectura que nos hace ganar nuevos significados. Lo dice con prosa transparente, pulida. El “yo” gramatical y el relato de sus hábitos confieren un intimismo, un tono de confesión que nos trae la ilusión de la palabra oída. En todos los fragmentos escritos en prosa aparecerá ese yo. En otros fragmentos del libro, sin desprenderse del todo de lo referencial, los nexos con un yo lírico se hacen más intensos.

El autor había comenzado su libro obligándose a una sucesión de claudicaciones ante los desasosiegos que despiertan las preguntas sobre el origen, y había llegado a una especie de certeza, de posesión de un espacio medible. Pero esa ganancia, a partir de la tercera parte del libro titulada “Lugares perdidos”, se disolverá en capítulos de nostalgias. Aparecen aquí los lugares transitados y vividos, los lugares irrecuperables. La pérdida del amor se asimila a la imagen de una ciudad tragada por el tiempo, por la violencia de los dioses, de los cráteres o de los hombres en contienda: Atlántida o Cartago o Guernica o Pompeya, dice el poeta. Un poema titulado “En el antiguo barrio de las putas” cierra esta parte del libro.

He seguido una trayectoria lineal, he ido a través de las diferentes partes que componen *Un seguidor de Montaigne...* agrupando y enlazando los sentidos según la sucesión, el orden del texto. Tal vez lo he hecho así por el prejuicio de que toda estructura oculta o pretende un significado, de que todo orden establece un principio de interpretación.

Sin embargo, no es una ciudad u otra (La Habana o Matanzas) lo que ofrece la resistencia poética a este libro, no es la complacencia en esos portentos de cualquier género, en esas marcas que hacen atractiva o singular una geografía dada. Lo que importa aquí es la adquisición estética, imaginativa y vivencial de los espacios. No es por ello casual que un ensayo como el de “La Habana en Paradiso” sea uno de los más reveladores de esa “poética de los espa-

cios” que reivindica *Un seguidor de Montaigne...* Ese ensayo contiene los signos por los que ha transitado el protagonista. En el imaginario personal de Lezama la ciudad, extensión donde el hombre participa (podría decir él mismo), puede expresar y realizar lo ficcional, lo mítico, lo más constante y creador de lo humano. En ella el hombre es capaz de vivir y experimentar la dimensión del imago, de esa potencia activamente creadora que hay en ese concepto tan caro a Lezama. Reglas secretas, prohibiciones, acechanzas, adivinaciones con que los juegos infantiles signaban las calles de asfalto, es el punto de partida con que Ponte nos acerca a esa idea, que luego ampliará refiriéndose a la ciudad-bosque, la que se vuelve espacio de fábula, ganancia de la imaginación. Aquí, Ponte sigue los pasos transitados por los personajes de *Paradiso*. Establece los circuitos y símbolos que adquiere la geografía habanera en esta novela de Lezama y, un ágil contrapunto, distingue entre las habanas de Cemí, Fronesis y Foción, y la de *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante. Nos dice que mientras la de Lezama es la ciudad de intramuros, donde cumplen sus ritos iniciáticos, sus andanzas por la amistad, los demonios y las luces los personajes de *Paradiso*, y donde más allá de esa topografía, los peligros acechan, la de Cabrera Infante es la joven Habana de El Vedado. Es por esa zona que transita la noctámbula farándula de TTT.

Cierra las páginas de *Un seguidor de Montaigne...* una bella apología del “ser” habanero, un toponímico que cobra tintes de entelequia, que haciendo con sus hábitos de ruido y su vicio de mirar y ser mirado, el espíritu vivo de la ciudad. “*El habanero vive napolitanamente al aire libre, abre grandes ventanas a la calle, se anuncia a gritos, dialoga en voz alta, trata de intimidar...*”. Y en otra parte dice, “*El habanero mira a la cara y pone en ello todo. Mirar a los ojos es una pasión habanera. Mirar y ser mirado. Casi ofender con la mirada, y a su vez, recibir la ofensa devuelta*”. Esa paradoja final nos revela medio título de este libro de Ponte. Nos dice que son los habitantes de La Habana los que le dan la existencia a la ciudad, porque van marcando un estilo de ser y de sentir que es-



hiben en nombre de ella. “*Todos los días se hace creer que vive y cada uno de sus gestos, de sus hábitos y de sus sorpresas suman La Habana. Parece decir: soy el único hijo de esta ciudad más miserable cada día...*”. La ciudad se desdibuja, esta vez por la doble acción de la ficción poética y la imagen real de sus edificios en ruinas. “*La Habana es una ciudad de paredes tan despintadas que parece estar siempre bajo la lluvia. Y es que en ellas, sin pintar desde hace años, queda impresa la lluvia. Quedan en ellas las mismas manchas de limo que en las fuentes de agua secas... En La Habana, donde parece estar lloviendo siempre en las paredes, el tiempo echa su aliento demasiado pegado a los muros. Tumba vigas, desprende balcones, y en tanto el habanero (...) opone al tiempo su único hijo, el hijo de vivir*”. Simulacro de vida, ruidos, gestos y voces que ocultan el vacío de lo que no se quiere exhibir: el temor de sentir que por todas partes falta algo de la sustancia real de la vida. Ciudad universo, ciudad libro, ciudad de rincones vistos y perdidos, y al final, ciudad tragada por la lluvia, por el abandono y el tiempo, tragada por los gestos y los ojos de quienes viven en ella. Esa, y otras cosas que toca a cada uno descubrir es la mirada habanera de Antonio José Ponte. ■

---

## Del héroe gallo al héroe gayo

MARIO MERLINO

---

Ian Lumsden  
*Machos, maricones and gays:*  
*Cuba and homosexuality*  
Temple University Press  
Philadelphia, 1996.

---

ENTRE EL HÉROE MAYÚSCULO Y LA MASA SUCEDEN, aunque en breve espacio, los heroísmos individuales. La *ecclesia* como asamblea del pueblo, como comunidad, ha derivado en Iglesia, reunión de masas, pla-

gada de Ministros de la verdad, funcionarios inapelables, empresarios de la razón, que sólo es tal si la administra un iluminado Yo Supremo. Un Yo que se atribuye el sentimiento de la colectividad y que, por tanto, es ajeno a los azares de lo subjetivo; un Yo que es Estado de Ánimo, con células destinadas a vigilar y contener las desviaciones, las salidas de tono, y que admite una sola perversión posible: la *père-version*, la versión del Padre. Monoteísmo, monolitismo, monismo. Y, en una lucha que parece no terminar nunca, otros Padres con apariencia comprensiva, se presentan como los salvadores capaces de acabar con este Estado de Cosas. Recalcitrantes de varia tendencia (Papás, Billies o Johnnies, Fieles de teta inagotable) aspiran a cuidar de la salud de sus Bebés que, desde luego, son infantes (ya lo dijo María Elena Walsh hablando de Argentina como “país jardín de infantes”) y necesitan, por tanto, consejos y guías para la acción.

Si los bebés nacen “normales”, la tarea resulta mucho más sencilla. Si son “machos”, están por su naturaleza destinados a la función heroica. Si son “hembras”, al hogar; a respaldar con su esfuerzo el proceso revolucionario, con lo que rozan peligrosamente los bordes de lo masculino; a procrear, en lo posible héroes fervorosos. Pero si nacen “raros”, si no se ajustan rigurosamente a las pautas del género, si gustan de machihembrar u oscilan entre lo hombruno y lo hembruno, la cosa se complica: hay que vigilar, medir, indicar de grado o por fuerza la vía recta (no la rectal, que apunta a Sodoma). Y, al fin y al cabo, ¿cómo es posible realizar una tarea heroica si no se pertenece a un género definido? Quienes así se preguntan, seguramente olvidaron las cuitas del fornido Hércules por la pérdida de su amado Hylas. Quienes todavía insisten en tales silogismos, acaso piensan que la Razón Macha reside en que un “hombre” no debe entregarse del todo (abismarse, perderse, ser fugazmente el otro) ni siquiera a una “mujer”. Si así fuera, habría que expurgar un buen número de boleros en los que Él lamenta y llora la ausencia de Ella.

Es hora de que nombre a Ian Lumsden, el autor del libro que aún no he reseñado. Gracias a su lectura, he podido desgranar los apuntes anteriores. Profesor canadiense de ciencias políticas, ha publicado un libro sobre la homosexualidad en México y prepara otro sobre la misma cuestión en Costa Rica, investigaciones éstas que le sirven para establecer comparaciones con la situación de los homosexuales en Cuba. Él mismo señala en la introducción que su interés por el asunto concreto de la marginación y las trabas que los gays han sufrido históricamente, no excluye tener en cuenta los aspectos contradictorios de la revolución cubana y, en un marco más amplio, la situación política y social de los países latinoamericanos. Por otra parte, según sigue señalando, a diferencia de los americanos, los canadienses “no tenemos a convertir en héroes ni en demonios a los políticos de nuestro país o del extranjero”. Estos rasgos otorgan al libro un rigor y una visión equilibrada –diría mejor inteligente–, lejos de cualquier fundamentalismo ideológico (sexual o político).

El libro abarca nueve capítulos: sobre la Cuba contemporánea, el machismo y la homosexualidad antes de la Revolución, la homofobia institucionalizada, la homosexualidad y la ley, la homosexualidad y la educación sexual en los años 80, la erosión del machismo tradicional, la vida gay en La Habana de hoy, el impacto del Sida y una revolución imperfecta en un mundo imperfecto. Estos temas se complementan, además de con las notas y la bibliografía, con tres apéndices que incluyen el artículo de Tomás Fernández Robaina sobre “Valores sexuales cubanos y creencias religiosas africanas”, el texto de la canción “El pecado original” de Pablo Milanés y el Manifiesto de la Asociación Gay Lesbiana de Cuba.

Entiende Lumsden que no se puede comprender ni abarcar el tema de la opresión de la homosexualidad masculina (después de dejar en claro que carece de elementos para abarcar también la cuestión lesbiana) desprendida de su contexto histórico y político, en Cuba y fuera de Cuba. Y en este sentido fallan las críticas que se realizan al respecto, tanto desde la derecha (Arman-

do Valladares) como desde la izquierda (Duncan Green). Una mirada lúcida y desapasionada permitirá captar mejor los logros de la revolución cubana, sus desviaciones burocráticas y autoritarias, su a veces cerril negativa a incluir los derechos individuales dentro de un proyecto colectivo, la homofobia aún presente en ciertas leyes y entre algunos funcionarios, justificada en ocasiones por el propio Fidel como un límite de la propia conciencia popular. Pero, se pregunta Lumsden, ¿cómo una revolución que se precia justamente de haber difundido salud, educación y cultura para la mayoría, de haber estimulado el sentimiento de la propia dignidad, puede apoyarse de manera tan cínica en ese “límite”? Es evidente que aún quedan muchos pasos que dar en el camino de la autocrítica, en el reconocimiento de los excesos cometidos, en no haber sabido ni querido educar en un nuevo modelo de familia y no en el común a muchos países (de Estados Unidos a otros menos desarrollados), el de “célula básica”, basado en la reproducción del valor de los géneros tradicionales.

Por todo ello el autor deja entrever que el futuro de Cuba está en encontrar un camino que no caiga en el juego de los modelos antinómicos al uso. Y eso sólo es posible haciendo una revisión rigurosa de los logros y de los fracasos, de las razones de la esclerosis y de los intentos aislados por superarla. En los últimos años, entre otros motivos tal vez por las urgencias impuestas por el acoso y la escasez, la vida de los gays se ha vuelto más libre, libertad visible en la calle y en las fiestas (de diez o cinco pesos), que se organizan no sólo en La Habana, sino también en Santiago y Santa Clara. Desde el punto de vista de las artes y el espectáculo, el éxito de la película *Fresa y chocolate*, la recuperación editorial de Virgilio Piñera y José Lezama Lima, la presentación del musical *Ocaña, pasión infinita* (cuyo texto original pertenece al español Andrés Ruiz López), el estreno de películas extranjeras con tema gay, son algunos de los hechos prometedores que prueban lo que Lumsden llama “erosión del machismo tradicional”. A estos datos, puede agregarse la convivencia respetuosa

en “becas” o residencias universitarias con los estudiantes gay, hecho inconcebible en los períodos de mayor persecución y también difícil de encontrar en ciertas universidades norteamericanas, por no hablar de otros países latinoamericanos. Esta mayor libertad se explica, paradójicamente, porque la misma Revolución que reprimía la homosexualidad, hizo nacer “la expectativa del desarrollo personal, una ambición ausente en las vidas de los que están sumergidos en las miserables condiciones materiales y sociales que prevalecen en gran parte de Latinoamérica”.

La homofobia en Cuba procede, como la de otros países, de varios siglos de cultura machista y, en su propio contexto, de la existencia de ciertas corrientes de las religiones afrocubanas que no admiten mujeres, marginan o condenan lisa y llanamente a los homosexuales. Si se lograra la democratización total de la vida cubana —a pesar de muchos indicios que atentan en su contra—, difundiendo como valores el respeto a las diferencias (de opinión, de conducta sexual); si Estados Unidos hiciera un esfuerzo por despejar la situación abandonando leyes destructivas y concediendo una pausa a su vocación de Padre Salvador —deseos que lamentablemente parecen remitir al mundo de los sueños—, si cierto sector del exilio superara su visión nostálgica y maniquea, tal vez se podrían conservar y ampliar los logros obtenidos (educación y sanidad fundamentalmente) y, además satisfacer las nuevas necesidades de una sociedad reformada distinta a la de hace 37 años y a la actual. Y además, especialmente con respecto al tema del que hablamos a partir del apasionante estudio de Ian Lumsden, sería la ocasión de proclamar un nuevo heroísmo, el heroísmo gay (o gayero, que dice la Real Academia) en su doble sentido: alegre y dueño de hacer el amor de hombre a hombre. Y también mujeres gayeras, de mujer a mujer. Habrá en todo caso héroes con minúscula, no por menores, sino porque no tendrá lugar Héroe Mayúsculo que todo lo decida. No tendrán lugar Iglesias señalando con mano admonitoria la vía recta. No habrá línea recta. ■

## Ancas de rana a la criolla

FERNANDO VILLAVERDE

Mayra Montero  
*Tú y la oscuridad*  
Editorial Tusquets  
Barcelona, 1995.

PARA LLEGAR A TÚ, LA OSCURIDAD HAY QUE DISIPAR primero las tinieblas exteriores. De ahí, un consejo al interesado en saber por qué caminos anda de verdad esta nueva novela de Mayra Montero: omitir la contratapa puesta por la editorial, que pretende explicarlos. Aunque no dice mentiras, su manejo es tramposo. Es un párrafo demasiado cargado de malos presagios literarios, muestra del equipaje preferido por ese vendedor de collares exóticos en que se ha convertido tanto editor con pretensiones primermundistas de la literatura que decide tercermundista. Los ingredientes esenciales del brebaje de feria están dados ahí, en un comercial patrón: folclore, pintoresquismo, barruntos sociales, ese rastro de los esquemáticos paternalismos legados por tantas opacas luces francesas del XVIII. Como para asustar a cualquiera, el anuncio de que la novela fue escrita por una cubana que vive en Puerto Rico y presentarla con el embadurnado maquillaje geográfico de llamarla uno de los máximos exponentes de la literatura caribeña escrita en español, buena manera de insinuar a Mayra Montero que no se salga de su prescrito nicho. Y como la novela sucede en Haití, el pie es forzado: gente de supersticiones y leyendas, país de sangre y muerte, hombres armados hasta los dientes.

Pero hay que olvidar este vocerío engañoso; esta vez, el producto es legítimo: pocas páginas bastan para notar que aunque estos ingredientes de la superchería están presentes, aquí no hay más engaño que la fábula, sin turismo literario. La autora se conoce su mundo y su propósito no es pre-

parar una receta donde el picante excesivo disimule la falta de sustancia sino un buen plato con sazón criolla y con el punto suyo: su secreto.

En su apariencia más exterior, *Tú, la oscuridad* narra las aventuras de un herpetólogo –palabra saboreada, que designa biólogo especializado en ranas– que, acompañado por un guía del lugar, se lanza en busca de un ejemplar de rana, puede que extinto, por varios montes de Haití que fueron su hábitat; a la vez, recuerda con apagado disgusto recientes incidentes de su matrimonio también en vías de extinción. Junto a este relato narrado en primera persona aparece de inmediato otro, también en primera persona y también, así sea la autora mujer, de boca de varón, el centro del libro, su fluir más fascinante: la historia familiar –efectivamente, de amor y de muerte– de este guía que el científico extranjero se ha buscado para que lo ayude a encontrar la desvanecida *grenouille du sang*. Este hombre, Thierry, es la voz de Haití en la novela y su logro más definitivo.

Más atrás de este dúo, un telón de fondo que tarda en aparecer y cuyo aleteo, haciéndose con los capítulos cada vez más alarmante, pretende a ratos dominar la escena: la conmoción social vivida por Haití a principios de los años noventa, en su faceta más devastadora: la violencia militar.

Y un ingrediente menudo pero esencial: si la narración que hace Thierry de amores y desamores familiares, engaños e incestos, es la masa más suculenta del libro, por otro lado le viene su mayor aroma. Parecido al perfume que destiló Süskind, ese toque último es el respunteado de datos sobre herpetología, breves informes intercalados a lo largo del libro acerca de especie de ranas y sapos que se han ido extinguiendo por el mundo en las últimas décadas. Acierto doble: con la última página de la novela comprendamos del todo hasta qué punto han sido emotivamente cruciales estos informes científicos y cómo Mayra Montero los cosió en su nudo final al núcleo de su trama; pero otra carga también traen: con ellos y con los demás datos sobre el mundo de las ranas que esparce el científico por el libro, a todas

las páginas de esta novela no les queda más remedio que terminar a caballo entre la ficción y el tratado, justamente un poco a la manera de Süskind y sus perfumes o Eco y sus alquimias medievales. Más todavía: al hacernos una narración contemporánea en un contexto histórico conocido y sumarle de paso este caudal biológico, Mayra Montero logra una interpenetración de realidad y ficción que amalgama la novela entera y consigue que cualquiera de sus episodios, por real o imposible que parezca, pueda ser cualquiera de ambas cosas.

Una decisión fundamental salta pronto a la vista: haber convertido a Thierry, el guía, en Scheherezada de la narración sobre Haití y, a la vez, en su protagonista, relator y actor de un minucioso microcosmos: la lenta y dramática pendiente por la que, viviendo desde el principio en una miseria de supervivencia, se va descomponiendo su familia, unida esencialmente por los lazos de unas relaciones amorosas que se hacen y se deshacen, en una sucesión de episodios alternativamente trágicos y picarescos que seducen al lector, y no por gusto: en este enredillo de zigzagueos sexuales Mayra Montero no dedica una línea a arrepentirse ni pesadumbres, como no sean las de los escasos amores no correspondidos. El universo narrativo del amor es de una sensualidad sin constricciones, un impulso vital energético y deleitoso que arrastra al lector junto con el frenesí de sus personajes.

Mayra Montero hace avanzar el tejamanaje amoroso con la gozosa desenvoltura de unos personajes en los que late, con sordina o a las claras, un disfrute siempre sabrosón, y que ella recoge en frases, descripciones, imágenes, a ratos carnosas y sensuales y, más de una vez, de entretenido relajo, como cuando Thierry recuerda el *dictum* de su padre acerca de la mujer que merece confianza: debe tener tres matas de pelos abundantes, dice, y aclara dónde. También da mucha vivacidad a su narración una constante de la escritura: el cuidadoso orden de su sintaxis es alterado sólo por la persistente coda de frases que, cuando parecen a punto de acabar, embragan en una coma y siguen sin pausa adelante, hasta

concluir un párrafo de dos alientos en uno, como cuando dice; “Frou-Frou estaría seca y se vería distinta, pero los labios los tenía igual que siempre, muy sabrosos y muy pintados, sentí la rabia mía y la de mi padre muerto porque aquel haitiano de Port-au-Prince la pisó todo lo que quiso”.

Para salirse en este libro con la suya, metiéndose por rumbos de cansados estereotipos y no dejar sin embargo de dar carne y hueso a sus personajes y escenas, Mayra Montero tomó una decisión fundamental: ésa de que el relato sobre Haití, tanto familiar como legendario o histórico, esté puesto en boca de Thierry. Se desliga así un paso del texto y responsabiliza a su personaje de lo que narra, con la misma decisiva distancia con que un autor que escribe con gramática perfecta puede poner en boca de sus personajes las jergas más descompuestas sin necesidad de integrarse él mismo a una literatura costumbrista o folclórica. Y sin perder vistosidad, la narración tiene mesura: desprovista de elementos baratos, como podrían ser ubicuas citas en vocabulario abakuá, recetarios de hierbero o descripciones de ritos vudú. La narración de Thierry, en muchos aspectos muy universal, posible en cualquier parte, da a lo haitiano, en sus episodios más increíbles, la duplicidad que les conviene: aceptables como superstición de un crédulo, ganan a la vez credibilidad al superponerse a los textos científicos del herpetólogo: ¿serán estos cuentos sobre montes de niños perdidos o zombis errantes pura invención o datos cuidadosamente recogidos y transcritos sobre leyendas de la gente? La respuesta no importa, la incógnita es la gracia de la novela, perdido el lector por esas posibles fantasías. Elaboración que tiene un cabal remache: salvo en los episodios que cuentan, en bien poco se diferencian los discursos del científico y del guía; sus gramáticas son próximas y las palabras de ambos tienen igual prestigio, sin crear piadosas diferenciaciones entre primitivo y civilizado.

Medidamente escasas las apariciones remotas, como de distantes tiroteos, de la violencia militar, quedan en lo que deben ser: no un documento de circunstancias que ha-

bría podido oler a folleto de las Naciones Unidas sino una constante terrible de la vida en Haití, sin importar nombres, un rasgo permanente que supera las acotaciones periodísticas.

Una parte de la narración que, aunque sirve de contraste, está mucho menos lograda y sí se queda en contrapunto elemental, es la trastienda familiar del científico. Quizá Mayra Montero quiso darle su aburrida aridez para precisamente contrastarlo con la energía que reluce en los episodios vividos por la gente haitiana. Es posible pero ninguna de sus habilidades novelescas logra hacer atractivo este drama tan falto de vigor. Queda en apunte borroso, escritura sin color, una presencia casi transparente. También se echa de menos a la larga en el libro un poco de calado; se deja, con excesiva confianza, que el relato contenga por sí mismo la carga necesaria como para, más allá de la idea inicial, brindar una lectura que entregue ideas originales, personales. Pero aunque tan hondo no va el libro, es engañoso: en medio de su suave ligereza que da una huella, ese rastro agradecido que deja quien sabe contar cuentos.

Por todos estos curiosos caminos recorridos por la autora para impulsar su narración, la lectura de *Tú la oscuridad* es un grato encuentro. Bastaría su tema, una novela que no se parece a otras. Doblemente grato me resulta, y digo esto en primera persona, el que lo haya escrito una cubana, por mucho que puedan haberla cosmopolitizado sus emigraciones o destierros. Metida como está la literatura cubana, de dentro y de fuera, por la fuerza de un destino de características y asuntos uniformes desde hace décadas, en como un túnel donde la temática resulta agotadoramente monocorde muchas veces, consuela encontrar escritores con voz propia, capaces de navegar por encima de las circunstancias sin permitir que alteren sus propósitos. Me regocija por eso que esta aventura en los montes haitianos en busca de ranas sea parte de la literatura escrita por cubanos o de raíz cubana o lo que sea, que ya ni siquiera sabemos cómo definir esto y necesitamos más palabras de la cuenta. ■

## El premeditado azar de la cuerda

LUIS MANUEL GARCÍA

Atilio Caballero  
*El azar y la cuerda*  
 Editorial Letras Cubanas  
 La Habana, 1996. 92 pp.

EN LA COSTA NORTE DE CUBA CENTRAL HAY una región donde cualquier espeleólogo se perdería con gusto para siempre. Miles de cavernas: archipiélago subterráneo que subyace al otro. En aquellos tiempos me interesaban tanto los laberintos de la Tierra como los de la imaginación, y tuve el privilegio de recorrer algunas. Tras la lectura de *El azar y la cuerda*, cuentos de Atilio Caballero (nacido frente por frente a esas cuevas, en la costa sur de la Isla) una de ellas convoca mi memoria. Discurría, extensa y casi horizontal, a poca profundidad. Dado su tortuoso juego de galerías, la oscuridad era total. Pero de repente podías chocar contra una columna de luz: una claraboya, abierta por un desplome de la bóveda, permitía minúsculos pero frondosos bosquecillos. Los tránsitos entre la intimidad de la sombra y la lujuriosa fronda que poblaba la luz, eran tan súbitos (y memorables) como efímeros.

Ya se sabe que de los escritores cubanos, y en especial de los que viven en Cuba, se espera incluso una sintaxis política. Pero quien busque en este libro, escrito y publicado en Cuba, una narrativa al servicio de la circunstancia –circunstancial, diríamos–, quedará felizmente defraudado. Desde *Dark Side of the Moon*, declaración de intenciones, arte narrativa que hace las veces de pórtico, Atilio nos advierte que no se trata de describir, testificar o enjuiciar. La subjetiva visión individual, lo exterior trasuntado a través de la agónica experiencia personal, son las materias primas con que intenta construir sus ficciones:

*“La percepción se legitima a través de lo par-*

*ticular, porque la realidad exterior nunca es la misma cuando es observada por más de una persona”* (p. 8)

De modo que el ejercicio narrativo se convierte en espeleología de la naturaleza humana, búsqueda de los resortes más oscuros e inmanentes, signado a trechos por atisbos de luz, cuando la realidad exterior asoma en las colas que la mujer del amigo exiliado en Rusia no desea hacer (*Un aire que bate*), en el presunto trueque de tenedores de plata por quincallería y shampoo (*Una tranquila sobremesa...*), ininteligible para ajenos, en la kafkiana muerte sin confirmación burocrática (*Los caballos de la noche*) o en el inquietante final de *Manguaré, buena música*, “*porque, del otro lado, los policías cruzaron la calle*” (p. 40).

Como nos dice Atilio en la página 9, “*Observo a mi alrededor y no puedo hacer otra cosa que interpretar*”. Pero su ejercicio de interpretación es el equivalente metafórico de comprobar que el siete y medio de su pie encaja perfectamente en la huella fósil de quien huyó corriendo sobre la lava. No se trata de datar la erupción o diseccionar el metabolismo del volcán, sino de convocar la angustia, el miedo, la soledad o la esperanza de salvación.

Tampoco deberá pretender el lector de *El azar y la cuerda* una dramaturgia al uso, ni el obediente sumplimiento de decálogos u otras preceptivas cuya validez no discuto –los hombres, niños al fin y al cabo, necesitamos que nos cuenten una historia, mastinando pernil de mamut a la orilla de una hoguera o vía Internet–; pero que distan de la intención y el cumplido propósito de Atilio: operar con la materia prima en su estado prístino: el juego de espejos entre la vida y la muerte en *Los caballos de la noche*, la evasión salvadora en *Manguaré, buena música*, la amistad y esas trampas que tiende la distancia en *Un aire que bate*, o la soledad abisal que trasunta *Steinway & Sons*. No se trata de contar una historia, sino de arrancar un fragmento de la realidad (incluyo en este concepto continentes completos de la imaginación) y condensarlo de tal modo que las evidencias salten, como tigres, al cuello de los lectores.

El tratamiento del idioma dista tanto, por su parte, de cierto *slang* facilongo como del protagonismo barroco (que en ocasiones oculta el vacío del qué bajo la cáscara del cómo: puro cobertor de palabras). El idioma es aquí una herramienta, no exenta de dosificadas alegrías y lujos verbales. Aunque no se pretende la implacable precisión de un láser, sino el efecto de círculos concéntricos y espirales que nos van conduciendo de los arrabales al centro, ya que, según Atilio:

*“Mallarmé pensaba, con mucha razón, que nombrar un objeto priva al lector del placer de ir descubriéndolo poco a poco, ayudado por la sugerencia de las palabras que no lo nombran.”* (p. 12)

Efecto conseguido a pesar de la reincidencia filosofante, raras veces imprescindible y frecuentemente innecesaria. Vicios ensayísticos o alardes bibliográficos, lo cierto es que restan fluidez a los textos, adensan el discurso sin añadir otra cosa que acotaciones al margen, ofensivas para la percepción del lector atento e inteligente. El lector que, precisamente, exige este libro, dada su necesidad de hallar cómplices y no de conquistar mercados.

Al final del libro, tropezamos con *De Rerum Novarum*, cuyo sorprendente arranque nos saca de un discurso cuidadosamente homogéneo para dejarnos caer en los pastizales de la alegoría, pero no es sino el prólogo a *La escalera de Jacob (Coloquio-Pieza Narrativa Dialogada)*, que apela al ejercicio de la parábola sin explicitar moraleja alguna, dejando caer esa inquietante cuerda, como una invitación.

Confirmación de algo que ya Atilio nos anunciaba al inicio:

*“Yo perseguía una ilusión, y ahora padezco la inmovilidad del perseguido. No hay testigos, y tengo la impresión de estar tartamudeando la visión del último invitado. Bien visto, nunca los hubo, aunque pienso que de esa forma es mucho mejor: la presencia del otro convierte en espectáculo lo que desde el inicio está concebido como experiencia personal.”* (p. 9)

Libro, en suma, que exige con la misma intensidad que entrega, que devela sin reve-

lar, persiste en cierta anfibiaología conceptual porque, como todo buen texto literario, nos descubre que la ambigüedad es no sólo una materia prima respetable, sino imprescindible. Un libro que no se conforma con la superficie esmeralda del mar lamiendo un arenal vigilado por escuadrones de palmeras (cuando vienes a ver ya estás preso dentro de una postal turística camino a Hamburgo Vía Air Mail); sino que intenta bucear, no sólo porque el mar es su espesor más que su superficie, sino porque a ras de fondo yacen los peces y los corales vivos, no etiquetados en la vitrina del bazar. Aunque los folkloristas de la literatura puedan argumentar en su defensa, que es una temeridad aventurarse a la vecindad de los escualos. ■

---

## La historia después de la batalla

LEOPOLDO FORNÉS

---

Enrique Meneses  
*Castro: Comienza la Revolución*  
Espasa-Calpe  
Madrid, 1995

---

ENTRE LA ABUNDANTE BIBLIOGRAFÍA YA publicada acerca de la personalidad de Fidel Castro y de la revolución cubana sobresale este testimonio histórico directo, producto de la visión de un periodista europeo de gran formación y experiencia. Quizás a ello se deba su comprensión global del proceso cubano actual, de cuya gestación fue testigo privilegiado durante los once meses que vivió con los guerrilleros de la Sierra y con los combatientes clandestinos del “llano”, pertenecientes al Movimiento 26 de Julio, durante los años cruciales de 1957 y 1958.

El ensayo está redactado en 19 capítulos breves de rápida lectura e insertadas en su parte central ofrece nueve de las mejores fotografías que de los principales jefes guerri-

llos el autor hizo. Gracias a su publicación en la revista *Paris Mach*, estas imágenes dieron la vuelta al mundo.

El estilo directo, periodístico y la agilidad narrativa del autor, y su privilegiada posición como testigo del pensamiento de Castro, de Guevara y de Raúl en este período, hacen el relato doblemente interesante, ya que refleja el pensamiento de los guerrilleros en aquella etapa. Curioso es percatarse de la coherencia de las ideas y posteriores actitudes de Guevara y Raúl. Al Che se le atribuye, cuando reproduce sus conversaciones, simpatías por la experiencia china, su extremismo quizá romántico y sus indudables inclinaciones campesinas, coherencia que mantiene hasta morir en Bolivia en octubre de 1967. Raúl queda retratado como el hombre duro pero pragmático, revelador de una visión sociopolítica proclive a las experiencias históricas de los soviéticos. Al parecer, la visita a los países del Este a principios de los cincuenta dejó en el menor de los Castro una profunda huella.

Llama la atención que las manifestaciones que entonces escucha de Fidel Castro parecen las de un justiciero autoritario de raíz cristiana pero con un aparente respeto por la democracia y la tolerancia, algo totalmente incoherente con su comportamiento posterior. Ese discurso moderado, al parecer, fue la fuente del enorme apoyo que sus planteamientos consiguieron en el fatídico período de 1959-1962.

Meneses sostiene que es imposible desde el punto de vista psicológico que un hombre, por carismático y autoconsciente de su destino que sea, “consiga no filtrar a nadie sus verdaderos pensamientos, ni siquiera a sus más allegados. Nadie es capaz de predecir su destino y Castro tampoco sabía que la suerte y su voluntad le acompañarían hasta convertirlo en conductor casi absoluto de los destinos de los cubanos”. Las confesiones de Fidel Castro, expresadas a un periodista hispano-francés en un momento bajo para la guerrilla, cobran una enorme importancia para demostrar que fue la necesidad, nada romántica, de su permanencia en el poder y la consecuyente y pretendida eternización de su proyecto po-

lítico, los factores que determinaron el golpe de timón que sus pensamientos experimentaron a partir del triunfo revolucionario en 1959.

En la primera parte del libro se hace un breve relato de la historia de la isla en la segunda mitad de nuestro siglo, un parangón entre los dos dictadores: Batista y Castro; las vivencias de éste último en México y el peligroso viaje del yate *Granma*. Dos capítulos completos dedica el autor a la trágica y fallida huelga general del 9 de abril de 1958 de la que el periodista fue testigo.

Entre los líderes del “26 de Julio” con los que convivía en La Habana se encontraba Faustino Pérez, organizador de la huelga, al que exculpa en parte de no haber dado a tiempo las órdenes para desarrollar las acciones de sabotaje por temor a filtraciones entre los cuerpos represivos batistianos. Donde sí concentra las culpas es en la conducta que durante la huelga tuvieron los militantes del Partido Socialista Popular (PSP), los comunistas históricos. Dado que Castro y el “26 de Julio” no les garantizaban una futura posición política, sus militantes llegaron a boicotear sus acciones tal como hicieron a las puertas de la emisora CMQ Radio, destacando —dice el autor— piquetes antidisturbios contra el comando del 26 y reventando así la acción saboteadora en la mañana del 9 de abril. Esta “desavenencia” interna costó más de cien muertos entre los jóvenes militantes del “26 de Julio” en las represiones inmediata y posterior de la huelga.

Durante los cruciales meses que el periodista pasa en la Sierra junto a Castro, llega a la conclusión de que éste no tenía un ideario comunista y que era un hombre que se manifestaba convencido de las virtudes democráticas y civiles. Para ello reproduce frases que afirma le oyó decir:

“¡Somos un ejército de civiles que volverá a sus ocupaciones tan pronto termine esta lucha sangrienta!”

“¡Los comunistas representan un imperialismo peor que el yanqui, y tan extraño a nuestras costumbres y a nuestra fe como éste último...!”

“¡Odio tanto al imperialismo yanqui como al soviético!”



Narrando los estertores del régimen batistiano y los albores de la revolución, el autor señala que uno de los principales elementos que perturbarían a Castro para el resto de su vida fue la embriaguez moral que le produjo el viaje de una semana que realiza desde Holguín hasta La Habana después del 1º de enero. Un verdadero baño de multitudes y popularidad donde el líder se percata a fondo de la envergadura del poder que el pueblo cubano le confiere. Esta circunstancia –estima el autor– sería fatal para el futuro destino de la democracia en Cuba.

Sin embargo, el entusiasmo popular generado por la caída del odiado régimen batistiano comienza a nublarse por los numerosos fusilamientos de militares, confidentes y civiles vinculados a la tiranía. Los medios de comunicación nacionales e internacionales reproducen en imágenes estos actos, realizados en un país donde todavía no existía jurídicamente la pena de muerte. La reacción no se hizo esperar pues creó en el exterior, y tímidamente en el interior, una atmósfera de críticas y rechazo. Esto generó en Castro la agresividad verbal del fundamentalista “justiciero” que se cree en la posesión de la verdad.

Meneses afirma que ya por entonces se hacía evidente, dada la limitada visión política de Castro y sus escasos viajes, que: “... no sabe distinguir entre opinión pública y Departamento de Estado”. Así continúa manifestando que lo que Castro consiguió en su primer año de gobierno como líder fue asustar a mucha gente dentro y fuera de Cuba, cerrar todos los periódicos de oposición, posponer las elecciones democráticas *sine die* y hacer desaparecer de la escena política a las personalidades del “Movimiento 26 de Julio” que hubieran podido contrarrestar la influencia emergente de los líderes del Partido Socialista Popular, impopulares por su apoyo a Batista entre 1938-1944, por el boicot que ejercieron en la huelga del 9 de abril y por su escasa participación guerrillera.

¿Qué sucedió con Fidel? –se pregunta– ¿Había engañado a la opinión pública y al pueblo sobre su anticomunismo? ¿Le con-

vencieron “los de fuera del 26 de Julio”? Aquilatando la personalidad del líder Meneses sentencia: “es un teorizante, un hombre incapaz de llevar a cabo sus propias ideas y plasmarlas en la realidad. Su egocentrismo, su sentido mesiánico, su afán de publicidad le convierten en un monolenguista que rehúsa toda clase de diálogo, cualquier crítica por constructiva que sea. Los únicos que lo han comprendido y no discuten con él son los comunistas. Sus antiguos compañeros discrepantes ya no lo son. Son saboteadores de la revolución”.

El periodista tampoco se explica cómo la evidente dependencia de Cuba del mercado norteamericano no hizo reflexionar y atemperar a los dirigentes de La Habana. Y explica que, al parecer, debido a sus charlas en círculos cerrados, donde todos opinaban más o menos lo mismo, reforzaron en él la idea de que el culpable del supuesto subdesarrollo de Cuba eran los EE UU.

Así, sin apenas buscar apoyos en América Latina o en Europa Occidental, Castro convierte a Cuba en un portaaviones de los comunistas a sólo 150 km de los EE UU. El periodista también cuenta en detalles los pormenores del ataque realizado por la brigada 2506 compuesta por 1400 exiliados cubanos, atribuyendo su fracaso principalmente a la falta de apoyo aéreo, probablemente prometido por la anterior administración de Eisenhower y nunca cumplida por Kennedy. Más de 1.100 de los invasores son hechos prisioneros en Bahía de Cochinos. Con ellos Castro entabla –inculpa el periodista– “una operación de trueque entre seres humanos y mercancías que no tiene paralelo en los tiempos modernos”.

El autor trata en su ensayo de ser justo y equitativo con las dos tendencias en que se encuentra dividida la familia cubana. Por un lado estima tarea muy loable que el proceso revolucionario haya realizado ingentes esfuerzos en pro de una educación gratuita al alcance de todos. También celebra un sistema sanitario que, aunque ha perdido algo en profundidad y adelantos, lo ha hecho llegar a los más recónditos puntos de la geografía del *caimán*.

De la otra Cuba, la del exilio floridano,

encomia sin ambages el evidente éxito económico del millón largo de cubanos que ha hecho de la Florida, después de 37 años, un emporio de riqueza, percatándose de que es la minoría norteamericana más trabajadora y rica de todas las emigradas en este siglo a los EE UU.

Este libro, de necesaria lectura para cualquiera que desee iniciarse en la historia del período revolucionario, termina dando una visión algo esquemática de las organizaciones políticas surgidas en el exilio, a saber: la Fundación Nacional Cubano americana, que dirige Jorge Mas Canosa, a la que atribuye cierto conservadurismo y vinculación con el Partido Republicano; y la Plataforma Democrática, de corte más europeo y verdadera panoplia de las tendencias liberal, democristiana y socialdemócrata.

Sin embargo, confiere gran importancia a los grupos disidentes dentro de la isla, de los que menciona casi una docena, aunque con especial interés se detiene en tres grupos de carácter no partidista: el Comité de Derechos Humanos y Reconciliación, que dirige Elizardo Sánchez Santacruz; el Comité Cubano Pro Derechos Humanos, de Gustavo Arcos, veterano del ataque al cuartel Moncada en 1953; y pone especial énfasis en Tercera Opción / Una Alternativa de Izquierdas constituida, según dice, por jóvenes intelectuales.

Para finalizar, el autor es muy duro al enjuiciar tanto el proceso como a su líder. Aduce que aunque la isla no se asemeja a ningún otro país que conozca, a lo que más se le pudiera parecer es a la aislada Albania de sus últimos años marxistas.

Meneses esboza soluciones acerca de cómo emerger de la crisis. En ellas atribuye al exilio miamense y a su *lobby* en Washington un futuro y estelar papel en la recuperación de la atribulada isla, pero al afirmar que el estado de revolución es siempre un término temporal, indica con firmeza que la causa de que Cuba se encuentre estancada en este *impasse* finisecular es la inmensa testadurez de Castro. El viejo héroe de otros tiempos arrastra a todo un pueblo, que ya no le necesita, a la autodestrucción colectiva. ■

## Un homenaje merecido

JOAQUÍN ORDOQUI

VV. AA.

Homenaje a Luis Rogerio Noguerras

*El cisne salvaje*

Editorial Letras Cubanas

La Habana, 1995

L UIS ROGELIO NOGUERAS (LA HABANA, 1945-1985), entra en la literatura cubana en 1967, al obtener el premio David de poesía en lo que fuera su primera entrega<sup>1</sup>. Como sucede en muchos concursos, el libro premiado, *Cabeza de Zanahoria*, sirvió para avalar el recién nacido concurso y no al contrario. Se trataba de una ópera prima contundente y, para quienes no lo conocían, de la aparición de una nueva voz en la polifonía de nuestra poética.

Además de su talento poético, Wichi el Rojo (como era conocido por su llamante cabeza de zanahoria y sus pecas) fue también desde un principio una personalidad conspicua, un individuo cuya presencia nunca pasaba inadvertida, un animador cultural y un ser humano literalmente encantador. Como hombre de cultura que siempre fue, dejó huella de su presencia en todas las instituciones donde participó de una u otra forma: las revistas literarias *Casa de Las Américas* y *El Caimán Barbudo*, la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana (en lo que fue su último mejor momento), el Instituto de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC). Como persona tenía algunas cualidades ciertamente atípicas en nuestro medio: la carencia de grandilocuencia y el ejercicio de un fino y perenne humor que aplicaba siempre allí donde otros solían colocar solemnidad estéril; una amabilidad extrema, aun cuando discutía o –incluso– cuando asumía la necesidad de aniquilar a un contendiente; una sobria elegancia que persistía a pesar de las

<sup>1</sup> Compartido con *Casa que no existía* de Lina de Feria.

limitaciones materiales que todos padecemos en determinados períodos.

Por todo ello, la publicación de *El Cisne Salvaje* no sólo no es un acontecimiento extraño, sino una necesidad previsible. Se trata de una compilación de textos, casi todos publicados en diferentes revistas literarias cubanas, donde por medio de poemas, bromas, crítica, narrativa y ensayo se rinde homenaje a quien fue uno de los mejores poetas de su generación. Entre las huellas que dejó Luis Rogelio Nogueras en la cultura cubana hay que destacar sus importantes contribuciones al suplemento cultural *El Caimán Barbudo*, del que fue uno de sus principales gestores. Así resulta natural que gran parte de quienes rubrican los materiales publicados en *El Cisne Salvaje* hayan participado, de una u otra forma, en *El Caimán*: Rodríguez Rivera, Víctor Casaus, Antonio Conte, Helio Orovio, Félix Contreras, Eduardo Heras...

La lectura de *El Cisne Salvaje* permite sentir uno de los atributos esenciales de Wichi: su casi infinita capacidad de fascinar. Al parecer, todo cuanto Nogueras tocaba trascendía a perfección: Midas literario. A tal punto llega la mitificación, que el lector termina por preguntarse si Wichi era un ser humano o un personaje literario, menos real que Yves Moor, su propia criatura. Según la compilación, Nogueras —amén de amigo cabal, amante de ensueño y el formidable poeta que realmente fue— era también un gran guionista cinematográfico y un novelista intachable. El personaje literario El Rojo —homenaje de Jesús Díaz a Luis Rogelio Nogueras en su novela *Las Palabras Perdidas*— es más real que el personaje real Luis Rogelio Nogueras que emana del homenaje al Rojo que encontramos en las páginas de *El Cisne Salvaje*.

Sin embargo, no se trata sólo de la vocación de encantador de serpientes del poeta; en nuestros países iberoamericanos, en general, y en Cuba, en particular, practicamos dos curiosos ritos que obnubilan todo posible juicio estético: el primero es la consagración de la fama; el segundo, la consagración de la muerte.

Con Luis Rogelio Nogueras temo que está pasando lo mismo. Sus mejores amigos —alguno de los cuales comparto— escriben

acerca de su poesía, sus novelas policíacas y sus guiones cinematográficos, equiparándolos, lo cual es un gran insulto a la poesía de Wichi. Vi las dos películas para las que escribió el guión (*El Brigadista* y *Guardafronteras*) e incluso escribí una versión radial de la última; tenían momentos divertidos y, en general, no eran aburridas. Son los dos mejores elogios que puedo emitir acerca de estas dos obras de encargo. De *Y si muero mañana...* no me atrevería siquiera a tanto. Es cierto que se trata de un homenaje y en los homenajes nunca falta el ditirambo. Sólo que me pregunto si es ditirámico comparar la mediocridad de encargo con la mejor poesía que escribió la generación que nace en la década del cuarenta, aun cuando ambos eventos hayan llevado la misma rúbrica.

Con excepción de estos excesos —y de algunas ausencias— *El Cisne Salvaje* es un libro grato y un bello y merecido homenaje a una de las personalidades más singulares y queribles de nuestra cultura. ■

---

## Palabra de Kozer

ORESTES HURTADO

---

José Kozer  
*et mutabile*  
Graffiti, Jalapa,  
Veracruz, 1995.

---

**D**E LO SIN REGRESO, DEL CAMBIO QUE NOS cambia, de ese contaremos a nuestros nietos (a nuestros poemitas vacilonos y sufrido). De asomarse y seguir siendo tú y yo, pero no ser los mismos, nos habla José Kozer en su más reciente libro.

De qué y de dónde nos podrá hablar este poeta nacido en La Habana del año 40. Digamos que aquí importa el quién. José Kozer, hablamos de José Kozer. Del poeta hijo de judíos centroeuropeos que nace en Cuba por el exilio de sus padres, que vive en

la Isla veintipocos años y se va a Estados Unidos a principios de los 60. No hace falta subrayar el peso de la palabreja exilio en su vida. El exilio de siempre, el de su sangre. El exilio de su infancia y juventud, con sus cosas pequeñas y queridas. El exilio de su lucidez y de su crear. Y más innombrables desplazamientos, roturas, distancias.

Kozer ha mencionado su lejana situación cuando se intenta fácilmente domarlo bajo la denominación de poeta cubano. Lo traidor que puede ser decir "José Kozer, poeta cubano", así y ya. Pero con igual destreza aclara que su lejanía es cubana. Que esa costumbre de lo remoto pertenece a la isleta caribeña. Ese ir, irse, estar allá, del cubano.

Todo *a priori* es traidor y alivio. Kozer nos obliga a no desperdiciarnos en sentencias más o menos pobres. A que leamos, no temos, reaccionemos. Al final casi diremos lo mismo, pero no.

Cuando enumeramos algunos de los libros de Kozer casi podemos eslabonar un poema con sus títulos. Su insistente, su paciente obrar sería: *De Chapén a La Habana*—escrito junto al poeta peruano Isaac Goldemberg— (1973), *Este judío de números y letras* (1975), *Jarrón de las abreviaturas* (1980), *Bajo este cien* (1983), *La garza sin sombras* (1985), *Carece de causa* (1988), *De donde oscilan los seres en sus proporciones* (1990), *Trazas del lirondo* (1993). Hoy nos ocupa *et mutabile*.

Si tuviéramos que envolver a su autor en generaciones y estirpes literarias, resistiría. Sin embargo, lo podríamos aclimatar a sus contemporáneos latinoamericanos. A los que se uniría en entender la escritura como dificultad, cartografía, mescolanza, duda, impertinente avanzar. Necesitan autonomía, espacios creados desde sus poemas. Sometidos a una estética de lo deteriorado, pretenden ofrecer el hundirse en la alocada circunstancia, en una búsqueda machacona conque las cosas digan sus nombres, las ya enterradas nominaciones. Un regreso sucio y bárbaro a donde puede estar lo cierto o lo sagrado. La vía elegida es su inmersión dinamitadora en el lenguaje. Antonio Cisneros o Severo Sarduy estarían en el grupito de que se habla en este párrafo.

Utilizadas como instrumentos que nos

acerquen a Kozer, las anteriores frases nos meterían someramente en zona esencial del poeta comentado: el sentido de la palabra, sus poemas como maniobras del lenguaje. Lo real surgido desde el verbo. El poema: paisaje lingüístico, país, entidad alentada con las necesidades y posibilidades del decir.

Colocado por Jorge Rodríguez Padrón en su *Antología de la poesía hispanoamericana* (1915-1980) dentro del grupo de nacidos entre el 20 y el 45, hemos acudido a la generalización para anotar estancias que Kozer comparte y así nos acercamos a sus posesiones solitarias. Precisamente *et mutabile* es enumeración de posesiones, la dictada sucesión de verdades que pueden tenerse.

Mientras transcurrimos por el libro, los poemas se mueven. Son movimientos, cuerpos. Cada poema, cerrado lugar en que sucede un mundo. Casi recibimos la lección de que moverse es conocer. De que en nuestros actos vamos nombrando, mirando las cosas como si nadie antes lo hubiera hecho.

En el afortunado caso de que *et mutabile* llegue a Cuba, el lector que conocía a Kozer a través de sus escasos poemas en una revista cubana o le hubiera sorprendido en antologías, recibiría con este libro a todo Kozer. Creo que leer uno de sus textos es dar lectura a toda su obra. Ante nosotros tenemos anotaciones, testamentos, furtivas palabras que se irán cuando se hable de nuevo. Kozer va acumulando apuntes, muestras que considera ciertas para escribir su tránsito.

Lo primero que verá ese hipotético lector de la Isla es que no se trata de una acumulación de poemas, sino de una aventura con su inicio y su fin (o viceversa). Desde "Preludio" a "De exaltación" sabemos que ha vivido algo.

Antes dijimos que en cada poema sucedía un mundo. Ellos, los versos, nos dicen más. Se refieren al hombre como al escenario de la batalla, sitio de encuentros, vientre del huracán. El lenguaje, entre las manos, se nos ha hecho naturaleza. Nos rodea, nos manda, nos ocurre. Dice Kozer: "... solo me / bojeo y recompongo, bostezo, sonrío, dormito / en muelle lecho insomne (doy vueltas) (doy / vueltas) (deja ya de dar tantas vueltas) (te / estarás quieto ya de una vez

por todas) a la/ luz de una luz eléctrica o natural (persianas) / procuro la rotura que se filtra astronómica”.

Este es el final de su poema “Clueco”, y me sirve para proponer que veamos su libro como una rendija. Un atender a la intemperie del hombre, al cambio. Un diálogo entre muchos. Y un único personaje. Las cosas en su estando. El personaje en su siendo. Nos suena a recuperada conversación del hombre con sus adentros y con sus dioses.

Estamos asistiendo a un testimonio. El testigo lanza su habladuría. Su resucitar discurre hacia el origen. En sus poemas, Kozer va desde el segundo en que escribe (con sus obvios sonidos burdos, su momentáneo delirar) hacia lo infantil inamovible (donde todo parece grande, elevado, inmortal, abundante sonrisa de trópico) y, más allá, a sus padres (a la diáspora que marca toda permanencia, a las reminiscencias europeas vidas casi bíblicamente).

Su mirada siempre acude a la tierra. José Kozer lanza su habladuría. Aquí veo un enumerar que se convierte en descripción, ese barullo que el cubano arma para atesorar lo cercano. Parece un frenético baile desde el que vemos girar el mundo a nuestro alrededor. Una verdad que se *siente* a nuestro lado. Recurre el poeta a lo que la tierra trae desde siempre. Lo telúrico. Lo que, apartado y sepultado el hoy, todavía está ahí. Kozer insiste en rancios vocablos de turbio linaje, en dichos de diablo viejo, en todo aquello que solía decirse y ya no se mastica más que en la pequeña voz de un verso. Entonces, esas certezas de la tierra aparecen.

*et mutabile*, decíamos, es cambio, rendija. Agregamos barullo. Nos detendríamos con rapidez en tres libros que podrían ser también minuciosas algarabías sabias: el *Diario* de Martí, las *Memorias de Lola María* o *La isla en peso* de Piñera.

La palabra de Kozer, inquieta, bífida, balsámica, se adentra en lo que parece ser a descubrir centros, nacimientos. Una travesía entre lo remoto y la costumbre. La costumbre: la suciedad exacta de lo común, lo presidido una y otra vez por lo mismo, la cotidianidad con toda su raquílica mitología. Lo remoto: la inmaculada borradera de la

circunstancia en favor del presente, el hundimiento del momento frente a la claridad del instante, la trascendida búsqueda, el espíritu. Nos adentramos en una epidemia. Al fondo arribamos a la renuncia. Nos encontramos ante las brumosas fronteras (piensa el autor mientras fuma y habla su poema) entre lo que sucede sin importar y lo que importa (sólo en la mirada sucede). Quizá se vea al poeta conquistando y extraviando a un tiempo el antídoto, la salud. En esos vaivenes se reconoce y nombra.

El libro de José Kozer, poeta cubano, ofrece la armonía de un presente, la musiquita de lo que es (en su forma y su fe). ■

---

## Módelos de transición, una polémica

FELIPE RUIZ ALONSO

—  
VV. AA.

*La democracia en Cuba y el diferendo*  
Centro de Estudios sobre América,  
Ediciones CEA. La Habana, 1995.

—  
**E**L LIBRO QUE COMENTAMOS ESTÁ COMPUESTO de una serie de colaboraciones, fruto de las ponencias que se presentaron en unas jornadas celebradas en La Habana en marzo de 1994, organizadas por el Centro de Estudios sobre América (CEA) y que tenían por título el mismo que lleva el libro.

El tema de mayor interés desde el punto de vista de la ciencia política es el que se trata en la segunda parte del libro: las características del modelo democrático cubano. El primer problema que surge a la luz de las distintas colaboraciones es el concepto de Democracia según se entiende en Cuba, en contraposición con el que se utiliza en los países con democracia representativa y pluripartidista. En el texto se observan las dos tendencias, si bien los críticos del sistema cubano se muestran bastante moderados.

Hay que partir de la consideración de que las jornadas se celebraron en La Habana, los ponentes fueron invitados desde La Habana, y la publicación se realiza por un centro oficial cubano.

Resulta muy interesante la extensa aportación de William I. Robinson, de la Universidad de Nuevo México, Albuquerque, que desarrolló el tema de la “promoción de la democracia”, según los propósitos norteamericanos y su relación con la política exterior de los EE UU en el contexto del “nuevo orden mundial”. Analiza lo que quiere decir para los EE UU esta promoción de la democracia para Cuba y cómo puede influir en las relaciones en los próximos años.

La definición de Democracia que presenta el profesor Robinson la extrae del teórico Robert Dahl cuando se refiere a la poliarquía como el sistema en el que gobierna un pequeño grupo y la participación de las masas en la toma de decisiones se limita a seleccionar a la dirigencia en elecciones cuidadosamente manipuladas por las élites competidoras. Esta concepción de la Democracia resulta bastante estrecha y un tanto caricaturizada al momento de establecer una comparación con la práctica de la Democracia en Cuba.

El profesor de la Universidad de Puerto Rico, Jorge Rodríguez Beruf, expone los términos en que puede entenderse la democratización perseguida desde los EE UU en sus acciones de política exterior. Debería comprender un sistema electoral multipartidista, garantías de derechos civiles y políticos, resultados democráticos aceptables y, por fin, institucionalización democrática que propicie la economía de mercado.

En el libro se exponen por una serie de autores las peculiaridades que tiene el sistema cubano a partir de las reformas introducidas en la Constitución de 1992. Las numerosas críticas vertidas sobre la Constitución de 1976, que carecía de planteamientos democráticos homologables con las democracias representativas y pluripartidistas, posibilitaron algunas reformas que sirven de análisis en la mayor parte de las ponencias presentadas. El Jefe del Departamento de Relaciones Internacionales en el CEA, Rafael Hernández, sintetiza estas reformas aludiendo a la “des-

centralización y el pluralismo”, que aparece en una mayor democratización de la vida interna del Partido Comunista de Cuba (PCC), mayor peso de los órganos del Poder Popular en la dirección de la política, mayor pluralismo en los medios de difusión, la mayor presencia de los sectores ligados a la inversión extranjera directa (IED), y mayor presencia e influencia de los distintos sectores de la sociedad cubana en los órganos representativos.

Si bien estos aspectos que destaca Hernández son algunas de las modestas reformas realizadas en la Constitución, debe reconocer, también, que el PCC sigue siendo el partido único, los medios de difusión mantienen el control del Partido, y la presencia e influencia de los sectores sociales es insignificante y no se encuentra institucionalizada.

Otro investigador, Juan Valdés, del Departamento de Cambios Estructurales en el CEA, analiza la legitimidad del sistema político cubano y sus posibilidades de evolución. Trata de demostrar la legitimidad del gobierno cubano apoyándose, además de otros argumentos, en la “democraticidad” del sistema que es fruto de las elecciones mediante las cuales se establecen las instituciones y los actores que las animan. La insuficiencia de esta argumentación se deriva del déficit de libertades políticas que se manifiesta ante un sistema electoral donde no hay pluralidad de opciones y donde no se reconocen los derechos de la oposición de programas políticos. Valdés se apoya en la idea de que la sociedad cubana está en transición y el propio sistema político se encuentra en esta fase de evolución. Las sociedades en transición no se dan exclusivamente en las formaciones sociales sometidas a la dialéctica marxista. Esta característica es propia de todas las sociedades y las que realizan una transición más dinámica son aquellas donde las libertades políticas son plenas y la participación plural.

Valdés considera que la transición cubana en el momento presente plantea dos opciones: perfeccionar el sistema o constituir uno nuevo. Su opinión se dirige hacia el perfeccionamiento del sistema y en esta línea sitúa los cambios introducidos por el IV Congreso del PCC, los cambios constitucionales de 1992 y las elecciones para los órganos del Poder

Popular en 1993. Esta transición resulta totalmente insuficiente y retrasada en el camino hacia la democratización como consecuencia del mantenimiento del partido hegemónico y un cúmulo de carencias constitucionales que no permiten hablar de un estado de derecho democrático. La vía de la transición democrática está bloqueada por dogmatismo ideológico, la ausencia de división de poderes y la centralización burocrática de funciones sometidas al rigor de los controles del PCC.

La ponencia presentada por Jorge Domínguez, de la Universidad de Harvard, plantea el problema de la democratización de Cuba con un profundo sentido crítico partiendo de la inexistencia de verdadera democracia en Cuba y del deseo de que se den todos los pasos necesarios para llegar a ello "para el bien de todos", como diría Martí.

Entre los defectos que descubre en el ordenamiento constitucional y electoral cubano destaca: ausencia de derechos para las minorías políticas, imposibilidad de elegir libremente a los diputados para la Asamblea Nacional, falta de transparencia electoral, falta de asociacionismo político y libertad de hacer campaña política de sus ideas con vistas al proceso electoral, deficiente funcionamiento de la Asamblea Nacional que se reúne pocos días y carece de tiempo para realizar funciones legislativas, y no se garantizan las libertades políticas.

Desde el punto de vista de Jorge Domínguez no puede haber verdadera democracia en Cuba si los ciudadanos no tienen opciones libres y concretas de seleccionar o de rechazar candidaturas y programas de gobierno, si no existe la posibilidad de una elección competitiva en la que los electores tengan libertad de seleccionar otro programa, si no hay garantía de que los resultados electorales no se puedan conocer de antemano, y si no hay elecciones libres y competitivas donde puede en efecto ocurrir un cambio del equipo gobernante.

Las ponencias que presentaron Luis Suárez Salazar, Haroldo Dilla y Hugo Azcuy, elogian el modelo constitucional actual de 1992, aunque están abiertos a reformas.

Haroldo Dilla se apoya en el concepto de democracia que explica Joseph Schumpeter

para enfatizar la idea de que en el orden político de los sistemas pluralistas solamente gobiernan las élites políticas y que la democracia es el gobierno de los políticos. Explica la configuración del sistema cubano mediante el recurso a la "sociedad en transición" y las circunstancias geopolíticas que condujeron a Cuba a una alianza con el bloque soviético. Para Dilla los cambios introducidos en la sociedad cubana actual, como consecuencia de la desaparición de la URSS y otras crisis, hacen necesarios cambios en la organización económica y política. La dinámica del cambio prevé modificaciones en la organización política inducidos por las reformas económicas.

En la interpretación de Dilla, Cuba requiere una mayor democracia y debe aceptar la economía de mercado, pero rechaza que el mercado deba ser el principio organizador de la sociedad y de la política. No acepta de buen grado la necesidad objetiva del pluralismo político con la inclusión de varios partidos alegando el clásico prejuicio, o excusa, de que son "fórmulas liberales". Se pierde de vista que también el socialismo progresista ha aceptado el multipartidismo y, no solamente ha participado en la actividad nacional e internacional, sino que ha contribuido de una manera decisiva a la consolidación de los sistemas democráticos.

El capítulo con el que se cierra el libro, perteneciente a Luis Suárez Salazar, Director del CEA, analiza el sistema electoral cubano. Interesa referirnos a la presentación que hace del sistema actualmente vigente, a partir de la Ley Electoral de 1992. El autor hace un gran elogio del alto grado de participación electoral que supera el 90% del electorado, pero según los analistas políticos, esto no debe entenderse como un síntoma de salud democrática, más bien al contrario. Debe constatar un grado de abstención técnica normal entre el 20% y el 30%, en ocasiones algo más, como algo característico de un buen funcionamiento democrático y que nunca se corresponde con las elecciones o referéndums que organizan las dictaduras.

Se elogia también la fórmula de partido único, como pretende Suárez Salazar, pero no es fácil justificar la legitimidad del poder ni la representatividad. Las democracias po-

pulares de la Europa central y oriental practicaron el mismo sistema de partido único y en cuanto fue posible el pluripartidismo, los Partidos Comunistas tuvieron que renunciar radicalmente a su papel hegemónico ante la amenaza de una posible desaparición.

El libro que comentamos contiene un aspecto positivo al enfrentarse con un tema político polémico que es muy difícil discutir en Cuba con objetividad. Al haberse realizado en La Habana tanto el debate como la publicación, al amparo de un organismo oficial como es el CEA, es normal encontrar una corriente favorable hacia el modelo de democracia que se diseña en el ordenamiento constitucional derivado de las Constituciones de 1996 y 1992. Este modelo dista mucho de ser homologable con las democracias establecidas en la mayor parte del mundo desarrollado.

Un rápido análisis de la Constitución de 1992 nos permite encontrar aspectos discrepantes con las Democracias pluripartidistas. En el preámbulo se declara al PCC empeñado en el objetivo final de edificar la sociedad comunista; el Art. 5 mantiene el calificativo de marxista-leninista para el PCC; el Art. 7 asigna al Estado socialista el estímulo de las organizaciones de masas para la edificación, consolidación y defensa de la sociedad socialista; en el Art. 10 se obliga a todos los cubanos a observar estrictamente la legalidad socialista; el Art. 12 reconoce la legalidad de las luchas por la liberación nacional; el Art. 39 promueve la formación comunista de las nuevas generaciones; en el Art. 53, al reconocer la libertad de palabra y prensa, se puntualiza que debe ser conforme a los fines de la sociedad socialista; el Art. 62 limita las libertades si se ejercen contra la existencia y fines del Estado socialista o contra la edificación del socialismo y el comunismo. Entre las atribuciones de la Asamblea Nacional, el Art. 75 cita la de reformar la Constitución con una mayoría de los votos de los dos tercios, así como decidir sobre la constitucionalidad de las leyes.

En la Constitución no está definida la división e independencia de los distintos poderes, recayendo los más importantes sobre el Consejo de Estado (34 miembros) que

sustituye a la Asamblea Nacional entre sesiones y toma decisiones por mayoría simple (Art. 89). El Consejo de Estado da instrucciones directas al Fiscal General de la República (Art. 123). Las atribuciones asignadas al Presidente del Consejo de Estado, Fidel Castro, entre otras, son las siguientes: Jefatura del Gobierno, Jefatura Suprema de las Fuerzas Armadas, determinar la organización general de las mismas, presidir el Consejo de Defensa Nacional, declarar el Estado de Emergencia y "las demás no atribuidas por la Constitución y las leyes" (Art. 93).

En la Constitución de 1992 se han introducido dos Consejos que tiene gran poder en injerencias sobre los Órganos de Poder Popular y que no son elegidos directamente por la población: los Consejos Populares (Art. 103) y los Consejos de Defensa Provinciales, Municipales y Zonas de Defensa (Art. 119). Los primeros constituyen una organización paralela al Poder Popular elegido, y los segundos al depender del Consejo de Defensa Nacional (presidido por Fidel Castro) que los organiza, también representan una injerencia personal sobre los órganos elegidos.

Al considerar la posibilidad de homologación del ordenamiento constitucional cubano con las democracias pluripartidistas deberían modificarse, como mínimo, los siguientes artículos: el Art. 1, que establece el reconocimiento de una sola clase (trabajadores); el Art. 5, que reconoce el poder hegemónico del PCC; los Arts. 6 y 7, que son derivados del anterior y asigna funciones similares a la Unión de Jóvenes Comunistas y las organizaciones sociales y de masas; el Art. 10, que fundamenta la legalidad socialista como exclusiva; el Art. 12, en sus referencias al antiimperialismo e internacionalismo; los Arts. 14 y 15, que fundamentan la propiedad socialista; el Art. 16, sobre la planificación de la economía; y prácticamente todos los siguientes, hasta el 28, que regulan el sistema productivo con una fuerte centralización.

Un mejoramiento de la democracia en Cuba precisaría de reformas en el Capítulo VII sobre derechos y deberes, para garantizar las libertades fundamentales, entre ellas deberían reconocerse los derechos políticos de asociación. ■